

tar los periodistas propiamente dichos, ganan en los periódicos sumas considerables. Los sueldos, naturalmente, no fueron tan elevados desde el principio; insignificantes primero aumentaron poco á poco y siguen aumentando siempre. Hace veinte años, los literatos que cobraban 200 francos mensuales en un periódico podían estar verdaderamente satisfechos; hoy, los mismos escritores, cobran 1.000 francos, y, en ocasiones, más. La literatura se convierte en una mercancía muy cara cuando el nombre de un autor está en boga. Sin duda los periódicos no pueden ofrecer sus columnas á todos los principiantes recién llegados de una provincia; pero realmente constituyen una amplia esfera de acción para los literatos jóvenes; y la falta será de ellos si en su día no se separan de la prensa para escribir obras de verdadero empeño. Se dice que si los periódicos ayudan á la juventud, en cambio llegan á incapacitarla para producir grandes obras. Esta es una cuestión que merece ser examinada. Por el pronto, hago constar simplemente los recursos que ofrece nuestro siglo á los escritores que viven de su pluma.

El libro tiene también fácil colocación y

está bien retribuido. No deja de ser una niñería el quejarse sistemáticamente de los editores. Es indudable que publican mucho; la cifra de volúmenes que aparecen anualmente en Francia es considerable, y si se considera la infinidad de obras mediocres que llenan los estantes, habrá que convenir en que los editores aún podían haber rechazado muchas de ellas. En cuanto á los tratados literarios, están informados de un excelente espíritu de reciprocidad. No hace mucho tiempo que la librería era un verdadero agiotaje. Un editor compraba por cierta suma la propiedad de un manuscrito por diez años; después trataba de reembolsar su dinero y de realizar la mayor ganancia posible. Forzosamente surgía una duda; ó la obra alcanzaba un gran éxito, y el autor ponía el grito en el cielo considerándose robado; ó, por el contrario, la obra no se vendía y el editor se consideraba arruinado por las lucubraciones de un tonto. Esto explica la animosidad entre los escritores y los editores. Es necesario leer la correspondencia de Balzac; es necesario oír á los veteranos de las letras para formarse una idea de las querellas y de los pleitos que siguieron á la publicación

de algunas obras. Si determinados editores continúan poniendo en práctica el antiguo sistema, la mayoría paga un derecho fijo por ejemplar tirado. Si este derecho es, por ejemplo, de 50 céntimos, una edición de 1.000 ejemplares, producirá al autor 500 francos, y cobrará tantas veces dicha suma como tiradas se hagan de la edición. Se comprende que toda recriminación es imposible; no hay agiotaje; el autor gana más ó menos, según el éxito obtenido, y el editor cobrará sumas proporcionales á las que el autor percibe. Conviene añadir que el libro, como no se popularice, no enriquece nunca al autor. Así, será una buena venta la que alcance la cifra de tres ó cuatro mil ejemplares. Esta venta producirá 2.000 francos, calculando el derecho por ejemplar á 50 céntimos (muy elevado porque ordinariamente es de 35 á 40 céntimos). Se vé, pues, que si el libro ha reclamado un año de trabajo, y si aparece directamente en librería, 2.000 francos son una suma bien modesta, con la cual apenas si se puede vivir.

En el teatro, por el contrario, la ganancia es considerable. Como por el libro se cobra un tanto por ciento sobre el beneficio; pero como

no protegiera al gran poeta ayudándole en sus apuros pecuniarios, á los que reclamaban para él una suscripción nacional, respondió el país en masa que la nación no tenía el deber de señalar una renta á los escritores pródigos. Realmente, la contestación es un poco dura; pero está inspirada en el modo de ser de nuestra sociedad moderna y en el principio igualitario de que todo productor debe ser artesano de su fortuna. La Francia es lo bastante rica para pagar su gloria; solamente que entre un escritor que se ha hecho libre y digno por sus obras, y un escritor que pide una limosna después de haber vivido apáticamente de su talento y de sus deudas, la opinión pública es compasiva con el primero y severa con el segundo.

No obstante, la pensión está todavía bien vista en el mundo de los sabios y de los eruditos. Hay, en efecto, indagaciones, experiencias que requieren mucho tiempo y que no producen utilidad material alguna. El Estado interviene, y esto es muy justo; pero la cuestión queda siempre en pié: ó el escritor gana su vida y no puede aceptar sin vergüenza el socorro, ó su trabajo no basta á cubrir

sus necesidades, en cuyo caso tiene una excusa aceptable para admitir la limosna. Resta ahora examinar si los cordoneros y los sastres, por ejemplo, tienen también el derecho de quejarse; quizá han llegado á la miseria después de treinta años de trabajo sin que se les ocurra decir al país: «¡No puedo comprar pan; dámelo!»

Quedan todavía por examinar las subvenciones, las comisiones, las recompensas, y voy á dedicarles unas palabras. Las recompensas no cuestan nada al Estado; es un procedimiento muy cómodo de contentar á las gentes, y no hablo de ellas más que para poner de relieve una vez más el espíritu de igualdad. Antes las cruces no se veían nunca en el pecho de los escritores; hoy existen en las letras grandes dignatarios. En cuanto á las comisiones y las subvenciones, se conceden muy pocas veces, como no sea en el teatro, y más bien relacionadas con una especulación que con la obra del escritor. Hay muchas personas — los jóvenes sobre todo — que se quejan y acusan al Gobierno de no prestar á las letras el apoyo que prestan, v. gr., á la pintura. Estas reclamaciones son muy perjudiciales,

porque precisamente el honor de nuestra literatura consiste en su absoluta independencia. Repetiré una vez más lo que he dicho siempre. Lo mejor que un Gobierno puede hacer por nosotros es el darnos una libertad absoluta. La idea más alta que podemos formarnos de un escritor, es la del hombre libre de trabas, no dependiendo de nadie, dueño absoluto de su vida, de su talento, de su gloria, dándose á su país y rechazando todas las ofertas.

IV

Tal es actualmente el estado de la cuestión del dinero en nuestra literatura. Ahora me será fácil determinar nuestro espíritu literario y compararlo con el espíritu de los últimos siglos.

Por lo pronto, los salones han desaparecido. Yo sé muy bien que algunas mujeres pretenciosas se jactan todavía de recibir á los escri-

tores. Pero sus salones son una especie de encrucijada donde los invitados se cruzan al galope entre el formidable y general clamoreo de la ambición. No se ven ya aquellos grupos donde la delicadeza femenil reunía los talentos; no se rinde culto desinteresado á las bellas letras; no se goza de una conversación amena y discreta; sólo se encuentra el ansia del poder, el cúmulo de intereses y de ambiciones rodando en casa de las grandes damas, á las cuales se las supone valimiento. La política está allí en acecho; derrocándose las letras. Siempre el mismo afán de lucro. Se juzga á la literatura cuando la bestia humana está harta de los placeres y honores de este mundo.

Por una conveniencia fatal, los salones, verdaderos centros de agitación política, se lanzan á una reacción violenta contra el movimiento literario de la época, porque tiene la pretensión de marchar á la cabeza de las ideas revolucionarias y progresivas; mezclan los nombres de Atenas y Roma, afectan una nostalgia por la antigüedad y alardean de una constante admiración por los clásicos. Naturalmente, niegan la literatura actual, llena

de vida y energía, y la persiguen tenazmente. Todo esto no importa nada. Son conversaciones insustanciales de mujeres que discuten su *toilette*.

La desaparición de los salones es un hecho grave, porque indica la difusión del gusto, el número siempre en aumento de los lectores. Desde el momento que no forman la opinión pequeños grupos de gente *elegida*, sucede que es la multitud, la gran masa, la que juzga las obras y hace los éxitos. La desaparición de los salones y el aumento en el número de los lectores, son dos hechos que están íntimamente unidos.

También las pequeñas reuniones literarias se encuentran desprovistas de toda autoridad, abrumadas por la ola de libros nuevos, obligadas á refugiarse en un pasado muerto para siempre. Es esta la agonía del antiguo espíritu literario que conoció Sainte-Beuve.

Añadid á esto que la Academia ha cesado de existir, igualmente como fuerza y como influencia de las letras. Todavía se disputan vivamente la propiedad de un sillón, pero esto nada significa; también se disputan las cruces por la necesidad innata de ser vanidoso.

Pero la Academia no promulga ya ley alguna y ha perdido toda su autoridad sobre la lengua. Los premios literarios que distribuye no son un título honorífico ante el público; suelen ser concedidos á las medianías, á lo que no significa movimiento, vida, innovación. La insurrección romántica se produjo, á pesar de las protestas de la Academia, que la aceptó más tarde: hoy día se repite un hecho análogo con motivo de la evolución naturalista; de suerte que la Academia aparece tan sólo como un obstáculo puesto en el camino de la literatura, y destinado á que cada generación nueva vaya destruyéndolo con el pié; después de todo, la Academia se resigna. No solamente no ayuda á nadie, sino que lo entorpece todo; pero como es débil y vanidosa, abre luego los brazos hipócritamente á los mismos á quienes ha querido devorar. Semejante institución debe de ser descontada del movimiento literario de un pueblo; no tiene ni significación, ni acción, ni produce ningún resultado provechoso. Su único papel, que algunos le reconocen todavía, es el de velar por la lengua, y aun en esto no conserva tampoco su antigua autoridad. El *Diccionario* de M. Littré, muy eru-

dito y extenso, es mucho más consultado que el *Diccionario* de la Academia, sin contar que, después de 1830, los más grandes escritores se han revelado contra el poder de los diccionarios, y en un alarde de soberbia independencia, han creado palabras y nuevas frases, exhumándolas entre las locuciones condenadas, usando los neologismos, enriqueciendo la lengua con cada nueva obra, de modo que el diccionario académico sólo es un curioso monumento arqueológico. Lo repito: su destino es completamente nulo en nuestra literatura. Constituye simplemente una gloria.

Así, pues, el gran movimiento social, cuyo punto de partida es el siglo XVIII, se completa en nuestros tiempos. Se han dado á los escritores nuevos medios de existencia, la idea de las jerarquías desaparece y la inteligencia constituye una especie de nobleza dignificada por el trabajo. Al mismo tiempo, por una consecuencia lógica, la influencia de los salones y de las Academias se extingue, el triunfo de la democracia se extiende hasta los dominios de las letras, las tertulias íntimas se funden con la gran masa, y, finalmente, la obra nace de la multitud y para la multitud. Por último, la

ciencia llega hasta la literatura, el análisis científico penetra hasta en las obras de los poetas, y éstos son los hechos característicos de la actual evolución, la evolución naturalista.

¡Pues bien! Yo digo que es necesario entrar simultáneamente y de lleno en esta situación y aceptarla con valentía. Hay quien se lamenta á gritos de que el espíritu literario desaparece; esto no es cierto; no desaparece, se transforma. Creo que lo he probado, como he probado también que lo que nos hace respetables, porque nos hace libres, es el dinero. Es una tontería declamar contra el dinero, que constituye una fuerza social considerable. Sólo puede disculparse á las gentes muy jóvenes que repitan los lugares comunes y las frases hechas; respecto al envilecimiento de las letras «sacrificadas al oro», ellos lo ignoran todo; ellos no pueden comprender lo que representa el dinero. Que comparen un instante la situación del escritor bajo el reinado de Luis XIV á la de un escritor de nuestros días. ¿Cuál es la afirmación rotunda y completa de la propia personalidad? ¿Cuál es la verdadera dignidad? ¿Dónde está la mayor suma de trabajo, la existencia más respetada? Evidentemente al lado del escritor

los beneficios son enormes, y hay muchas gentes que no gastando nunca tres francos en un libro, dan siete ú ocho por una butaca de orquesta, sucede que un drama ó una comedia produce mucho más que una novela. Pongamos un ejemplo. Una obra que ha tenido cien representaciones, cifra corriente para los éxitos, el término medio de los beneficios ha sido de 4.000 francos, lo cual indicará una entrada en la caja del teatro de 400.000 francos, y en el bolsillo del autor 40.000, si los derechos son de un 10 por 100.

Para ganar la misma suma con una novela sería necesario que se tiraran 420.000 ejemplares (suponiendo que se perciben cincuenta céntimos por ejemplar). Una tirada que alcance esta cifra sería verdaderamente excepcional, tanto, que sólo se podrían citar cuatro ó cinco ejemplos en los últimos cincuenta años. Y no hablo de las representaciones en provincias ni de los reestrenos de la obra. Todo esto no admite duda. El teatro produce mucho más que el libro. Hay infinidad de autores que viven de sus obras dramáticas; en cambio son muy contados los que viven con el producto de sus novelas.

Voy ahora á analizar rápidamente la cuestión del dinero tal como se presenta á un principiante recién llegado á París. Admitamos desde luego que posee una pequeña suma para vivir durante algunos meses. La necesidad le llevará bien pronto al periodismo, y en él encontraría el medio de ganarse el sustento. Si es listo ó simplemente constante, hallará al fin un rincón, venderá algunos artículos, conseguirá una plaza retribuida con 200 ó 300 francos mensuales; lo indispensable para no morir de hambre. Se declama mucho contra el periodismo, se le acusa de pervertir á la juventud literaria y de falsear su talento. Yo no he podido escuchar nunca estas lamentaciones sin sonreirme. El periodismo mata á los que debe matar; he aquí todo. Verdad es que de algunas redacciones han salido personas que debieran pasar la vida vendiendo trapos ó fabricando velas de sebo; pero éstas no nacieron para la literatura y tomaron simplemente el oficio de periodista como pudieron tomar cualquier otro. Pero, descontando al verdadero periodista, á los que poseen el talento especial de sostener esa lucha diaria, que se me cite á un escritor de raza que haya perdido sus

condiciones literarias ganándose el sustento en los periódicos en la época difícil de la juventud. Creo, por el contrario, que han adquirido más energía, más virilidad; un conocimiento más doloroso, más penetrante del mundo moderno. Dejo apuntada esta idea que quizá desarrollaré en otra ocasión. He aquí—dirán algunos—al principiante batiéndose el cobre en los periódicos. Cierto es que las contrariedades son numerosas, el pan amargo muchas veces, sin contar que de un momento á otro se puede perder. Pero esto no quiere decir sino que la lucha es difícil; si el principiante tiene firmeza, escribirá un libro ó una obra dramática en las horas que el trabajo cotidiano le deje libre, y procurará abrirse otros horizontes. El libro aparece; la obra es juzgada. Esto es ya un gran paso. La batalla continúa. A un volumen sigue otro volumen, á una obra otra obra, hasta que el gran éxito llega. Entonces el escritor deja la vida activa del periodismo y se sirve de él como de un palenque donde sostiene sus ideas. Se ha enriquecido en el teatro ó en la librería; ha dominado, en una palabra, la situación. Esta es la historia de todos los escritores aclamados

hoy día. Los que han podido sustraerse á esa gran lucha del periódico son muy pocos; únicamente aquellos que han tenido fortuna propia ó han cubierto sus necesidades desde el principio con su pluma.

En los últimos cincuenta años se han hecho grandes fortunas en las letras. Bastarán algunos ejemplos para probar esta afirmación. Desde la generación de 1830 acá, las ganancias han sido considerables. Eugenio Sué, después de los *Misterios de París*, vendió muy caras sus novelas; Jorge Sand, que vivió en la estrechez durante su primera época literaria, acabó por conquistar, si no un fortu-
nón, al menos el bienestar material; pero el que ha ganado, sin duda, más dinero, es Alejandro Dumas, que ha derrochado muchos millones en su extraordinaria existencia de trabajos sobrehumanos y de locos desórdenes. Hay que citar también á Víctor Hugo, que se casó sin fortuna y vivió pobremente hasta el éxito de las *Hojas de otoño* y *Nuestra Señora de París*, comenzando entonces su vida triunfal de honores y de riquezas.

Actualmente son los autores dramáticos los que se enriquecen. En primer lugar figura

Alejandro Dumas (hijo), tan prudente y hábil como su padre fué pródigo y desordenado... M. Victoriano Sardou, que desde la más negra de las miserias, ha llegado á vivir confortablemente en su castillo de Marly, en una de las riberas más encantadoras del Sena. Podría anotar muchos ejemplos semejantes; pero los citados bastan para demostrar que actualmente las letras producen una fortuna á los literatos.

No he hablado, sin embargo, de Balzac. Sería necesario estudiar este caso prodigioso si se quiere tratar á fondo la cuestión del dinero en la literatura. Balzac fué un verdadero industrial que *fabricaba* libros por hacer honor á su nombre. Acribillado por las deudas, arruinado en empresas desdichadas, cogió la pluma como única herramienta que conocía bien y que podía salvarle. He aquí la cuestión del dinero en toda su extensión. No era solamente el pan cotidiano lo que Balzac pedía á sus libros, les pedía también una compensación á sus pérdidas industriales. La batalla duró mucho tiempo. Balzac no ganó una fortuna; pero pagó sus deudas que es aún más honroso. ¿No es verdad que estamos ya muy

lejos del buen Lafontaine soñando bajo los copudos árboles, sentándose á la mesa de los grandes señores y pagando su comida con una fábula? Balzac está pintado en su César Biroteau. Luchó contra la fatalidad con una voluntad sobrehumana; no buscó en las letras más que la gloria y encontró la dignidad y el honor.

Será curioso examinar ahora lo que son hoy día las pensiones. El Estado, ser impersonal, sustituye al Rey, que en la apariencia protegía á las letras con su propio dinero. Además, las pensiones no se dan ya como título honorífico, ni como testimonio de alta admiración; se dan á los necesitados, á los escritores cuya vejez no es desahogada, y frecuentemente se disimula la limosna bajo el disfraz de un empleo ficticio que pone á cubierto la dignidad del socorrido. En suma: las pensiones se dan discretamente como si fuera vergonzoso el recibirlas. Ciertamente no entrañan deshonra alguna, pero son indicio evidente de una importancia intelectual que debiera ocultarse. Lo ocurrido con Lamartine arruinado explica perfectamente las ideas del público en esta cuestión. A los que se indignaban de que Francia

moderno. Y esta dignidad, y este respeto que inspira, y esta conciencia de su propia personalidad y de sus ideas ¿á qué las debe? Es al dinero, á la ganancia legítimamente realizada con sus obras, ganancia que le ha librado de toda protección humillante, que ha hecho del antiguo cortesano, del bufón de antecámara, un ciudadano libre, un hombre que no depende más que de sí mismo. Con dinero puede decirlo todo, lo examina todo, puede llegar hasta el Rey y hasta Dios sin exponerse á perder su pan. El dinero ha emancipado al escritor; el dinero ha creado las letras modernas.

Me molesta leer en los periódicos donde escriben los poetas adolescentes que las aspiraciones del literato deben reducirse á la simple aspiración á la gloria. Estamos conformes; es pueril el decirlo. Pero también es necesario vivir. El que no haya nacido con una fortuna ¿qué es lo que va á hacer? ¿Volveríais voluntariamente á los tiempos en que maltrataban á Voltaire, y Racine se moría esclavizado por Luis XIV, y la literatura era no más que un patrimonio de una nobleza brutal é imbecil? ¡Cómo explicar esto! ¡Cómo ser ingratos con esta gran época que no es comprendida desde el momento que

se la acusa y denigra, arrojando sobre ella el anatema del mercantilismo, cuando ella es quien nos ha concedido el derecho al trabajo y el derecho á la existencia! Si no podéis vivir con vuestros versos, con vuestros primeros ensayos, dedicáos á otra cosa, buscad una plaza en la Administración pública ó esperad á que el público os solicite; luchad con ahinco, comed patatas, romped piedras durante el día y escribid por la noche; si tenéis talento, si tenéis energía y fuerza de voluntad, llegaréis á alcanzar la gloria y á conseguir una fortuna. Tal es la vida; tal es nuestra época. ¿Por qué revolverse puerilmente contra ella, cuando nos ha de conducir á tiempos que serán grandes entre los grandes?

Yo sé bien lo que, examinando la cuestión bajo determinados puntos de vista, podría replicárseme. El mercantilismo debiera nacer de la propagación de las aficiones á la lectura, de la multiplicación creciente de los periódicos. Pero ¿en qué perjudica esto á los verdaderos escritores? Ganan menos; pero, ¿qué importa. Con tal de que coman. Fijaos que si un Ponsou du Terrail reúne una fortuna, es porque trabaja asiduamente mucho más que los autores

de sonetos que le injurian. Sin duda alguna, bajo el punto de vista literario, el mérito es nulo; pero el enorme trabajo del folletinista explica su ganancia, tanto más cuanto que su trabajo enriquece al mismo tiempo á los periódicos. Nosotros no tratamos directamente con el público. Hay entre él y nosotros especuladores, editores ó directores, todo un reducido mundo que vive de nuestras obras, que gana millones con nuestro trabajo; y nosotros ¿no hemos de participar de esto? ¿Hemos de desdénar el dinero bajo el pretexto de que es poco noble?

Estas son ideas malsanas, declamaciones vacías y contra las cuales ha llegado ya la hora de protestar. Los que hablan así son los debutantes muy pobres que sufren porque todavía no pueden vivir de su pluma, ó los escritores que no han conocido nunca la necesidad y tratan á la literatura como á una querida á la cual en todo tiempo pueden obsequiar con una suculenta cena. Lo que yo puedo decir, es que el dinero facilita las buenas acciones. Imaginad en nuestros tiempos de democracia un joven que cae, como llovido del cielo, sobre los bulevares de París y sin un franco. Ya

os he mostrado hace un momento á este joven viviendo (más ó menos bien) con el sueldo ganado en un periódico, y llegando por un esfuerzo de su voluntad á realizar trabajos distintos de los que constituyen su labor cotidiana. Diez años de su existencia se pasan en esta lucha horrible. Después llega el éxito. No solamente ha conseguido la gloria, sino que ha hecho su fortuna; he, pues, al abrigo de la miseria, habiendo quizá salvado á los suyos y con frecuencia pagado las deudas que dejó su familia.

En adelante es libre; dirá en alta voz lo que piense. ¿No es esto hermoso? El dinero tiene aquí su grandeza.

La cuestión se ha planteado siempre mal. Es preciso partir del punto de que todo trabajo merece salario. Se hace un libro: naturalmente, el verdadero escritor no se pondrá á su mesa cada mañana con el pensamiento de ganar la mayor cantidad posible; pero hecho el libro, el editor aguarda para fabricar moneda con la mercancía que se le cede, y nada más natural que el escritor cobre los derechos estipulados. Esto sentado, no se comprenden las grandes indignaciones contra el dinero. El ne-

gocio está de una parte, la literatura de otra.

En toda gran evolución es preciso reconocer una parte al mal. Fatalmente habían de surgir los especuladores. He hablado de los folletinistas que llenan los bulevares. Según mi opinión, ganan muy legítimamente su dinero, puesto que trabajan, y algunos con mucha soltura; pero ciertamente la literatura no entra aquí en juego. En este mismo punto se debía cortar la cuestión. Los principiantes no tienen razón de quejarse y acusar á los folletinistas, porque realmente no suelen tener pretensiones literarias. Se han creado un público especial que lee solamente los folletines; los autores de folletín sólo cuentan con estos lectores poco ilustrados, incapaces de sentir una obra bella. Hasta podría darse las gracias á los folletinistas por llegar á los terrenos incultos, merced á los periódicos que, por cinco céntimos, penetran en los más ocultos rincones de los campos. Reparad, por otra parte, lo que sucede en el orden político; no hay movimiento sin exageraciones; cada paso en la sociedad, está marcado por una lucha. Del mismo modo para la emancipación del es-

critor y el triunfo de la inteligencia llamada á conseguir una fortuna, ha creado un grupo de gentes cuyos procedimientos son poco plausibles. Todas las cosas tienen su lado malo. Hay hombres que trafican ignominiosamente con su pluma; una ola de tontería inunda las columnas de los periódicos; hay una verdadera inundación de libros inútiles. ¡Pero qué importa!

Es necesario únicamente ver el progreso realizado, el esfuerzo de los grandes talentos que hacen surgir de nuestras batallas contemporáneas una nueva belleza; la vida en toda su verdad, en toda su intensidad.

Una consecuencia más grave, y que siempre me ha preocupado, es el esfuerzo continuo, la labor nunca interrumpida á que se ve condenado el escritor de nuestros días. No estamos ya en los tiempos en que un soneto leído en un salón hacía la reputación de un literato y le abría las puertas de la Academia. Las obras de Boileau, de la Bruyère, de Lafontaine, forman uno ó dos volúmenes. Hoy es necesario producir mucho, producir siempre. Es la labor de un obrero que necesita ganarse el pan, y que no puede dejar su trabajo sino después de haber realizado una fortuna. Por otra

parte, si el escritor no trabaja, el público le olvida. Es necesario escribir volumen tras volumen, como un ebanista, por ejemplo, necesita hacer mueble tras mueble. Ved á Balzac. Es verdaderamente terrible la cuestión que surge en seguida. ¿Qué hará la porteridad delante de una obra tan considerable como *La Comedia humana*? Parece increíble que la retenga completa en su memoria. Y, ¿qué es lo que debe elegir? Observad que las obras que nos han legado los siglos son relativamente cortas. La memoria del hombre vacila ante una obra total excesivamente grande. No se suele retener más que los libros clásicos, cuya lectura nos impusieron en nuestra juventud, cuando nuestra inteligencia lo admitía todo sin protesta. Estos hechos me inspiran una viva inquietud al considerar nuestra producción verdaderamente febril. Si generalmente cada escritor no lleva en sí más que un solo libro, es un perjuicio innegable el que á nosotros mismos y á nuestra gloria hacemos repitiendo este libro hasta lo infinito. Esta es, en mi opinión, la sola consecuencia peligrosa del actual estado de la literatura. No es necesario todavía juzgar el porvenir por el pasado; pero

de todos modos, Balzac dejará un recuerdo más persistente que Boileau.

Llego por fin á tratar del soplo científico, que cada día penetra más y más en nuestra literatura. La cuestión del dinero es simplemente un resultado de la transformación literaria operada en nuestros días; pero la causa primera de esta transformación consiste en la aplicación del método científico á las letras, de los recursos que el escritor se proporciona, tomándolos al hombre de ciencia y aprovechándolos para hacer por sí mismo el análisis de la naturaleza y del hombre. Toda la batalla actual se libra sobre este terreno; de un lado, los retóricos, los gramáticos, las letras puras que pretenden continuar la tradición; del otro, los anatómicos, los analistas, los adeptos de las ciencias de observación y experimentación, los que pretenden mostrar el mundo y la humanidad tal cual es, estudiándolos en su mecanismo natural, dando á sus obras la mayor verdad posible. Estos últimos han triunfado, y desde los comienzos del siglo han determinado el nuevo espíritu literario; no constituyen una escuela—lo he dicho más de cien veces—es simplemente una evolución social, cuyas

fases son fáciles de precisar. En seguida se nota el abismo que separa á Balzac de cualquier escritor del siglo XVIII. Admitid que Racine hubiera leído en otro tiempo *Phedre*, la más audaz de sus tragedias, en un salon; las damas escuchan; los académicos hacen signos de aprobación con la cabeza; á toda la concurrencia le entusiasma la pompa de los versos, la corrección de los parlamentos, la pureza del lenguaje; la obra es una hermosa composición de lógica y de retórica, hecha con seres abstractos y metafísicos por un escritor sometido á las opiniones filosóficas de su tiempo. Tomad ahora la *Prima Belle*, y probad á leerla en un salón ó en una Academia; la lectura parecerá inconveniente; las señoras saldrán escandalizadas: ¿de qué proviene esto? De que Balzac ha escrito una obra de observación experimental sobre seres vivientes, no como filósofo, no como retórico, sino como analista que aplica el método científico de su tiempo. He aquí el abismo. Cuando Sainte-Beuve gritaba desesperadamente: «¡Oh fisiologistas! ¡os encuentro por todas partes!», sonó la última hora para el antiguo espíritu literario; el reinado de las letras antiguas terminaba.

Tal es la situación. Yo la resumo repitiendo que nuestra época es muy grande y que es pueril lamentarse delante del próximo siglo. La humanidad avanza, y tras ella no deja más que ruinas; ¿por qué retroceder á un terreno ya estéril para derramar sobre él inútiles lágrimas? Sin duda alguna, los siglos pasados han tenido sus grandezas literarias; pero no es justo estacionarnos en esa grandeza bajo el pretexto de que no puede alcanzarse un más allá. Una literatura es producto de una sociedad. Actualmente nuestra sociedad democrática comienza á tener su expresión literaria magnífica y completa. Es necesario aceptarla; es necesario reconocer la importancia del dinero; es preciso abandonarse al espíritu nuevo que lleva la ciencia á los dominios de las letras; que por encima de la gramática y de la retórica, de la filosofía y de la religión, trata de llegar á la belleza de la verdad.

Como consecuencia y conclusión de las páginas que acabo de escribir, acabaré ocupándome brevemente de lo que se llama en nuestro país «la cuestión de los jóvenes».

Nuestros principiantes tienen exigencias,

lo cual es aplicable y perdonable, porque la juventud es por naturaleza exigente. Conozco yo muchos jóvenes de treinta años que á la segunda obra rechazada por los directores de teatro, al tercer artículo que llevan á los periódicos y no se les publica, claman por la decadencia de las letras y demandan protección. He aquí con lo que sueña nuestra juventud literaria: con un editor especial encargado de lanzar á la plaza todas las obras que le presenten, y un director de teatro que, gracias á una fuerte subvención, les represente todas sus producciones. Con este motivo, abundan las polémicas, se acusa al Gobierno de proteger más á la música que á la literatura; se habla de pintores pensionados y condecorados que viven como niños mimados bajo la tutela paternal de la Administración pública. Examinemos, pues, este clamoreo de la juventud.

La idea de una nivelación general hace sonreír. Siempre habrá elegidos; un comité ó un delegado cualquiera será encargado de examinar los manuscritos, y claro está que las quejas empezarán desde este momento; los jóvenes que fueran eliminados acusarían al Estado de no hacer nada por ellos, de postergarlos

voluntariamente. Después de todo, tendrían razón; las subvenciones se dan á las medianías, nunca al talento libre y original. Este sistema de protección no ha sido nunca aplicado á los libros; en efecto, no existe un solo editor que reciba 100 ó 200.000 francos del Estado con la condición expresa de publicar en un año catorce ó quince obras de autores jóvenes. En el teatro se ha hecho la prueba. El Odeón, por ejemplo, está abierto á los autores dramáticos principiantes. Pues bien: yo quisiera que se hiciera un estudio acerca de los autores de talento que han estrenado una obra en el Odeón. Estoy seguro de que son poco numerosos; en cambio, la lista de las medianías ya olvidadas es formidable. Légame, pues, al siguiente axioma: «La protección en la literatura sólo sirve á las segundas partes».

Frecuentemente los autores jóvenes, sobre todo los dramáticos, me dicen: ¿No cree V. que hay verdaderos talentos desconocidos? Naturalmente; en tanto que un talento no se manifiesta, no es posible conocerlo; pero lo que yo creo firmemente, es que el verdadero talento acaba siempre por manifestarse é imponerse. Aquí está la cuestión. No hay necesidad

de ayudar á parir al genio; él solo parirá. Citaré un ejemplo entre los pintores. Todos los años en el salón de Pintura, en ese bazar de la fabricación artística, vemos cuadros y estudios de pensionistas, de una insignificancia completa, y que tan sólo por tolerancia ocupan allí un hueco.

El Estado no debe nada á los escritores jóvenes; no basta el haber escrito unas cuantas páginas, para creerse un martir si nadie las imprime ó las juzga; un zapatero que hace su primer par de zapatos, no obliga al Gobierno á que se los tome. Es el trabajador quien por sí mismo debe imponer su trabajo. Y si no tiene esta fuerza, nunca será nadie y será justamente desconocido.

Es necesario declararlo con entera claridad. Los débiles en literatura no inspiran ningún interés. ¿Por qué si son débiles tienen la ambición de querer ser fuertes? Jamás el grito «¡ay de los vencidos!» ha estado mejor aplicado. Nadie obliga á un joven á que escriba; desde el momento que coge la pluma, se supone que acepta las consecuencias de la batalla, y tanto peor para él si cae al primer choque y toda una generación pasa sobre su cuerpo. Las

lamentaciones son pueriles y no remedian nada. Los débiles sucumben siempre, aunque se les proteja; los fuertes vencen los obstáculos. He aquí todo.

Yo sé muy bien que, particularizando y empequeñeciendo la cuestión, hay ejemplos de escritores muy medianos que, merced á las subvenciones y á la protección, han llegado á ser autores de moda. Pero el argumento es vergonzoso. ¿Qué necesidad tiene Francia de estas medianías? Si se protege á los principiantes, es con la esperanza de que se manifieste el genio, si es que existe entre ellos. Los libros y las obras de teatro no son objetos de consumo corriente, como, por ejemplo, los sombreros y los zapatos.

En rigor, se verifica este género de consumo en librerías y teatros; pero recayendo en obras infimas, marchitas antes de nacer, y destinadas sólo á satisfacer caprichos momentáneos. No merece la pena de discurrir en si estas obras serían algo menos mediocres al protegerlas el Estado por medio de concursos. Si de esto se trata, ábrase inmediatamente una cátedra en el Conservatorio de Artes y Oficios, donde enseñen á hacer libros y dramas con

arreglo á receta, y que cada verano se fabrique la cantidad de comedias y novelas que necesita París para el gasto del invierno. Ea, lo dicho: sólo el genio vale é importa. No tiene disculpa la protección del Estado, si no llena el fin de facilitar el advenimiento de hombres superiores, que viven oscurecidos y apenados entre la muchedumbre.

Desde este momento, la cuestión se simplifica. No hay más que seguir los acontecimientos: el talento, si tiene fuerza, llegará á su completo desarrollo. Ved los hechos. Coged un grupo de escritores jóvenes, veinte, treinta, cincuenta, y seguidles á través de las vicisitudes de su vida. Al empezar, todos parten de un mismo sitio, con la misma fe y la misma ambición. Pero en seguida las distancias se establecen; parece que los unos han corrido, mientras los otros permanecieron inmóviles. Pero todavía no se debe formar juicio. Por fin, el resultado se afirma: las medianías sostenidas, empujadas, aclamadas, han quedado siendo simples medianías, á pesar de sus primeros éxitos. Los débiles han desaparecido por completo. En cuanto á los fuertes, han luchado diez años, quince años, en medio del odio

y de la envidia; pero al fin triunfan, suben y brillan en primer término. Esta es la eterna historia. No creo conveniente que se tratase de evitar á los fuertes esos primeros años de noviciado, esas primeras batallas, de las cuales salen ensangrentados. Mejor es que sufran, que se desesperen, que se enfaden. La imbecilidad del vulgo y la rabia de sus rivales acaban por darles la victoria.

Para mí, pues, la «cuestión de los jóvenes» no existe. Es un lugar común en que se mecen las esperanzas de los débiles. Como he dicho ya, nunca han estado las puertas de los editores y de los directores tan abiertas como ahora: todo se representa, todo se imprime, lo cual redundará en beneficio de aquellos á quienes se ha obligado á esperar por madurar sus ideas. La mayor de las desgracias para un principiante es llegar y triunfar demasiado pronto; es menester fijarse en que toda reputación sólida está sostenida por veinte años de esfuerzos y de trabajo. Cuando un joven que ha escrito media docena de sonetos envidia á un escritor conocido, olvida que ese escritor lleva muchos años de lucha.

De algún tiempo á esta parte, está de moda

el manifestar vivo interés por la juventud; los conferenciantes aumentan, los cronistas sólo se ocupan de los principiantes, y la gente acabará por soñar en una librería modelo. Pues bien: todo esto son palabras huecas. Adulan á la juventud por un interés más ó menos inmediato: unos piensan en la explotación teatral; otros tratan de conservar su reputación de hombres simpáticos; muchos quieren creer que la juventud les pertenece, y que ellos representan el porvenir. Admito que hay entre ellos algunos bastante ingenuos y bastante sencillos para creer que la grandeza de nuestra literatura depende de la solución de esa supuesta «cuestión de los jóvenes». Yo, que soy partidario de decir las verdades brutalmente, y que tengo interés en ser franco, sólo diré á los principiantes para concluir: «Trabajad»; esto es todo. No contéis más que con vosotros mismos. Si tenéis talento, el talento os abrirá las puertas mejor cerradas y os hará llegar al puesto que merezáis. Sobre todo, rechazad la ayuda de la administración pública; jamás pidáis protección al Estado; abdicaríais con esto de vuestras propias energías. La gran ley de la vida es la lucha; no admitáis nada;

triunfaréis si tenéis alientos. Respetad el dinero; no caigáis en la puerilidad de declamar contra él como los poetas jóvenes; el dinero es nuestra fuerza y nuestra dignidad; necesitamos ser libres para tener derecho á decirlo todo en voz alta; el dinero hace de nosotros los jefes intelectuales del siglo, la única aristocracia posible. Aceptad vuestra época como una de las más grandes de la humanidad; creed firmemente en el porvenir; no reputéis como consecuencias fatales la propagación del periódico ni el mercantilismo, base de la literatura. No lloréis, en fin, por un espíritu literario que se llevó ya una sociedad muerta. Un nuevo espíritu nace de la sociedad nueva, un nuevo espíritu que se fundamenta sólidamente en la verdad. Dejad libre paso al movimiento naturalista, dejad que el talento se revele. Vosotros, los que habéis nacido ahora, no luchéis contra la evolución social y literaria, porque los genios del siglo xx están entre vosotros.

PROUDHON Y COURBET

Hay libros cuyo título, enlazado con el nombre del autor, basta para dar, antes de su lectura, idea completa del alcance y de la significación de la obra.

El libro póstumo de Proudhon, *Del principio del Arte y de su misión en la sociedad*, se hallaba aquí, en mi mesa. Yo no lo había abierto: figurábame, sin embargo, conocer lo que contenía, y sucedió que, en efecto, mis previsiones se realizaron.

Proudhon es una inteligencia honrada, de extraordinaria energía, amante de lo verdadero y de lo justo. Es el nieto de Fourier; aspira al bienestar del género humano; imagina ó sueña una vasta asociación de la humanidad, asociación de la cual cada hombre será un miembro modesto y activo. Quiere, en una